


**LUIS M. LINDE**



**DON  
PEDRO  
GIRÓN,  
DUQUE  
DE OSUNA**

**LA HEGEMONÍA ESPAÑOLA  
EN EUROPA A COMIENZOS  
DEL SIGLO XVII**

Nueva edición corregida y ampliada



Don Pedro Girón, duque de Osuna



Luis M. Linde

Don Pedro Girón,  
duque de Osuna

La hegemonía española en Europa a  
comienzos del siglo XVII

*Prólogo a la nueva edición de Aurelio Musi*



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2005,  
y la presente, corregida y ampliada, 2024

© Prólogo de la edición 2005 de Antonio Feros

© Prólogo a la nueva edición de Aurelio Musi

Foto del «Tabernáculo» de Montini en la p. 10: cortesía del autor

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, n° 140

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-201-1

Depósito Legal: M-16212-2024

*Printed in Spain*

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa  
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

[www.edicionesencuentro.com](http://www.edicionesencuentro.com)

# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	11
PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN.....	13
PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 2005.....	19
INTRODUCCIÓN.....	23
I. LA CASA DE OSUNA Y EL III DUQUE.....	29
La Casa de Osuna.....	29
D. Pedro Girón.....	41
II. DE HUIDO DE LA JUSTICIA A HÉROE DE LA MONARQUÍA: 1602-1609.....	51
Flandes.....	51
Regreso a España: ascenso político.....	59
1609, un año decisivo.....	63
III. LA MONARQUÍA ESPAÑOLA EN EUROPA A COMIENZOS DEL SIGLO XVII.....	77
Una política de paz para conservar la monarquía.....	77
Los españoles y la libertad de Italia.....	85
El duque de Saboya, de aliado a enemigo.....	89
IV. VIRREY DE SICILIA.....	99
El gobierno de Osuna en Sicilia.....	99

Quevedo en Sicilia, el desafío de Saboya y el nombramiento de virrey de Nápoles.....	108
V. VIRREY DE NÁPOLES. LA «CONJURA DE LOS ESPAÑOLES» CONTRA VENECIA.....	123
El gobierno de Nápoles y los conflictos con la nobleza.....	123
El enemigo veneciano .....	132
El sueño de Osuna y el corsario Jacques Pierre .....	150
La intriga del duque de Saboya contra Osuna.....	167
Fin del virreinato y regreso a España.....	178
VI. EUROPA EN 1618, EL AÑO DE LOS TRES COMETAS .....	191
La rebelión bohemia .....	191
La ejecución de Walter Raleigh .....	194
VII. LA CAÍDA DE OSUNA.....	197
Quevedo defiende a Osuna... y se defiende .....	197
La muerte de Felipe III y el procesamiento de los tres duques .....	209
VIII. LA REFORMA DEL JOVEN FELIPE IV.....	237
La limpieza de los pecados.....	237
Calderón y Villamediana.....	242
IX. LA MUERTE DE OSUNA Y EL DESTINO DE SU CASA ....	251
1621-1624: Prisión y muerte .....	251
La Casa de Osuna hasta finales del siglo XVII.....	257
X. OSUNA EN LA LITERATURA Y EN LA HISTORIA .....	265
El homenaje de Quevedo .....	265
Óptimo príncipe, pésimo tirano.....	270
EPÍLOGO .....	289
Osuna y su amigo, D. Francisco de Quevedo .....	290
Los dilemas de la monarquía: fines políticos y medios económicos..	292
La defensa de España.....	295
Conflictos políticos, debates morales .....	298



ANEJOS.....	301
1. Los viajes de Quevedo al servicio de Osuna (1613-1620) y su presencia en Venecia en 1618.....	301
2. D. Juan Fernández de Velasco, el Condestable, tío político y mentor de Osuna .....	306
3. Campanella y su relación con Osuna y Quevedo.....	309
4. Osuna, su retrato y el personaje literario .....	326
5. Memorial que el duque de Osuna envió a Felipe IV desde el castillo de Alameda, abril/julio 1621 .....	330
6. Osuna, acusado y testigo en la «limpieza de los pecados» (1621-1624).....	335
DOCUMENTOS Y FRAGMENTOS .....	343
1. Carta de Osuna al conde de Lemos, fechada en Palermo el 2 de abril de 1616 .....	343
2. Despacho del virrey interino, cardenal Zapata, a Felipe III, fechado en Nápoles en enero de 1621, explicando los incidentes de la toma de posesión del Virreinato de Nápoles por el cardenal Borja, contra la voluntad de Osuna, en junio de 1620.....	344
3. Carta de Diego Saavedra Fajardo a D. Pedro de Oña, obispo de Gaeta, de junio de 1621, sobre el mismo asunto.....	345
4. Un pasaje de la «Historia General de la Orden de la Merced», de Tirso de Molina, comparando la época de Felipe III con el valimiento de Olivares.....	345
5. Un fragmento de Espejo cristalino de armas para generales valerosos (Madrid 1648) en el que se defienden los méritos de Osuna para ser rey .....	346
6. Despacho del residente de Venecia en Nápoles de 11 de diciembre de 1618, sobre las exigencias de Osuna de que diversos estamentos presten el juramento favorable a la Inmaculada Concepción.....	347
7. Un fragmento de la «Oración a las Damas» pronunciada, según Zazzera, por Osuna en una fiesta en Pozzuole, en septiembre de 1617.....	348
8. El salvoconducto que Osuna concedió a Giulio Genoino el 5 de junio de 1620 .....	349
CASA DE OSUNA (1357-1656).....	351



BIBLIOGRAFÍA.....	353
Abreviaturas .....	359
Fuentes principales .....	359
Documentos y manuscritos sobre el conflicto entre el duque de Osuna y el cardenal Borja en Nápoles y sobre el procesamiento de Osuna, Lerma y Uceda .....	363
NOTAS .....	367
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	415
ÍNDICE DE LUGARES .....	427

*A mi familia*



### **Un regalo del III duque de Osuna a Felipe III.**

En 1619, Osuna envió a España el sagrario o custodia llamado el Tabernáculo de Montini, que estaba en la Iglesia de la Annunciata de Nápoles, un regalo a Felipe III para ser instalado en la Capilla del Alcázar de Madrid. Estuvo allí hasta el incendio de 1734. En la actualidad, se exhibe, espléndidamente restaurado, en el Museo de las Colecciones Reales, inaugurado en 2023.

## AGRADECIMIENTOS

Antonio Feros, profesor de Historia de Europa en la Universidad de Pennsylvania, tuvo la paciencia y la generosidad de leer una primera versión y, además de hacerme varias buenas sugerencias, me animó a terminar el trabajo. Esteban Hernández Esteve, profesor honorario de la Universidad Autónoma de Madrid, me aclaró una serie de cuestiones sobre prácticas financieras en los siglos XVI y XVII; gracias a él, conocí al profesor Luigi de Rosa, recientemente fallecido, maestro de historiadores económicos italianos y españoles, y sus trabajos fundamentales sobre los bancos napolitanos y la historia monetaria del Reino de Nápoles. Teresa Tortella, jefa del Archivo del Banco de España, me facilitó la consulta de varios documentos en el Archivo General de Simancas y el acceso a los fondos de la Real Academia de la Historia y de la Biblioteca Nacional. Isabel Argerich, técnica del Instituto del Patrimonio Histórico Español y gran conocedora de sus archivos fotográficos, hizo todo lo posible para ayudarme a encontrar alguna reproducción del único retrato que existe, o existió, del III duque de Osuna: no lo conseguimos, pero no desesperamos. El personal de las Bibliotecas de Historia, Filología y General de Humanidades del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el de la Real Academia de la Historia, y el del Archivo Histórico Nacional, en Toledo, me atendió siempre con simpatía y eficacia; en particular, tengo que mencionar a Ricardo Monje, de la Biblioteca de Historia del CSIC, cuya amabilidad y ayuda fueron extraordinarias a lo largo de más de dos años de trabajo. Mi esposa, Hélène, copió documentos en la Biblioteca Nacional de Francia, en París, y elaboró los índices. El libro pasó por sucesivos borradores y sufrió muchas correcciones: no me habría sido posible avanzar en

el trabajo sin la ayuda de Felicitas Bermejo y, sobre todo, la generosa, inteligente y... estoica colaboración de Natalia López.

Madrid, 2005

## AGRADECIMIENTOS, SEGUNDA EDICIÓN

Encarnación Sánchez, cuya relevancia en los estudios sobre literatura española en el Reino de Nápoles en los siglos XVI y XVII no necesita presentación, me ha ayudado con la mayor generosidad en cuantos temas le consulté con vistas a esta segunda edición. Y Francisco Ledesma, Bibliotecario y Archivero del Ayuntamiento de Osuna, recién jubilado, gran experto en la Casa de Osuna y en el III duque, Don Pedro, me ha ayudado, desde hace casi veinte años y también, desde luego, para la segunda edición. Para los dos, mi agradecimiento y mi amistad.

Madrid, 2024

## NOTA

Los documentos y pasajes de obras de los siglos XVI al XVIII que se recogen en el texto van siempre en letra cursiva (excepto en «Documentos y fragmentos»). Los pasajes y citas de obras posteriores van en letra redondilla ordinaria.

## PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN

¿El «*Grande Osuna*», casi salvador de la patria, o el máximo representante de la «leyenda negra»? La biografía de Linde se inscribe en la línea de la revisión del juicio sobre el sistema imperial español en su momento más poderoso, sobre la transformación política del *valimiento* y sus efectos institucionales y sociales. La obra participa plenamente de un clima académico en el que ha sido posible formular un juicio más equilibrado sobre la hegemonía española en Europa en la Alta Edad Moderna y sobre la clase dominante del sistema imperial: una valoración sin prejuicios moralistas, fruto de una cuidadosa reconstrucción documental, no condicionada por viejas y nuevas formas de antiespañolismo. Al mismo tiempo, las tendencias más recientes de la historiografía española e italiana han tendido a ocuparse de la mitografía positiva o negativa de algunos de los protagonistas de la historia de la Monarquía Hispánica en la Edad Moderna.

Publicada en su primera edición en 2005, esta obra de Luis Linde, que ahora se reedita aumentada y corregida, fue tanto más meritoria cuanto que fue escrita en un momento en que estaban apenas comenzando las nuevas investigaciones sobre Don Pedro Téllez Girón. Así lo señaló Antonio Feros en su prólogo a la primera edición, al destacar el giro que suponía la obra respecto a la «vida inventada» de Osuna, un rasgo permanente de la tradición a partir de Gregorio Leti. Y Linde, desde su Introducción, se distancia de la doble «leyenda negra»: la conspiración de Bedmar y la aspiración de don Pedro a convertirse en rey. Reconstruye entonces la historia de la casa de Osuna y la génesis del ascenso político de don Pedro Téllez Girón en Flandes, en un periodo especialmente complejo y crítico de la guerra hispano-holandesa hasta la firma de la Tregua de los Doce Años en 1609.

He retomado la relectura de esta coyuntura en mi libro *L'impero dei viceroy* (Bologna, Il Mulino, 2013), confirmando sustancialmente el cuadro dibujado por Linde. Como demuestra la correspondencia del Almirante de Aragón con el archiduque Alberto, de 1599 a 1602 la guerra holandesa pasó por una fase muy crítica. A las derrotas militares que pusieron en primer plano el problema de la seguridad de las provincias leales y reavivaron la polémica sobre las ventajas e inconvenientes de la separación de la monarquía de Felipe III, se sumaron las preocupantes condiciones del ejército español: la «falta de numerario» y los riesgos de una «sublevación general». Todavía en 1602 se esperaba el envío de los *tercios* españoles e italianos: dos componentes que alimentaron el conflicto interno en el ejército. En agosto de 1602 los temores de una insurrección general se hicieron más sustanciales. Y el papel de Osuna en la represión de los levantamientos de Brabante en 1603-1604 es subrayado aquí con razón por Luis Linde.

Unos años antes, el archiduque Alberto se había dirigido a Felipe III con un discurso político articulado en varios puntos. El primero estaba relacionado con la vuelta a la «forma antigua del gobierno», fundada en el trinomio amor-fuerza-justicia, que había constituido el modelo de los duques de Borgoña y de Carlos V. El archiduque Alberto afirmaba que el rigor con la que se había gobernado el país era la «fuente de nuestras calamidades». La introducción del «poder absoluto» ha alterado la forma de gobierno: es necesario, por tanto, restablecer la justicia civil y militar. El segundo punto se refería a las revueltas en el seno del ejército, que eran la causa del descrédito y la pérdida de autoridad del rey. En particular, Alberto se refirió al último «motín» de Hamont, para el que sugirió llegar a un acuerdo, y a la urgencia de liquidar los salarios de los soldados valones. El tercer punto era una crítica al método de gobierno a través de las *Juntas*, que había pasado de ser extraordinario a un instrumento político ordinario: se suponía que eran sólo «el último y último remedio». Alberto propuso la convocatoria de los Estados Generales para ampliar el consenso a favor de la monarquía: aun así, el archiduque se distanció del método centralista del «poder absoluto» e invitaba a revitalizar el papel y el peso de las instituciones territoriales de las provincias leales de los Países Bajos. En 1604 Ambrosio Spínola fue nombrado Lugarteniente y Maestro de Campo general de los Países Bajos, mientras que Alberto conservaba la capitanía general y la autoridad sobre el tesoro militar. Pero el ascenso de Spínola al poder era imparable. Su cargo de ministro del archiduque se transformó en 1606 en el de ministro del rey, encargado de la devolución de los Estados de Flandes tras la muerte del archiduque. En



1608 Osuna regresó a España y fue condecorado —muy pocos españoles, entre ellos el heredero, el futuro Felipe IV, recibieron este honor en el reinado de Felipe III— con la Orden del Toisón de Oro. En 1610 fue nombrado virrey de Sicilia y posteriormente, en 1616, virrey de Nápoles.

Estudios posteriores a la publicación del libro de Linde han demostrado que existía una relación muy estrecha entre el sistema del *valimien-to* y los nombramientos virreinales. Los primeros veinte años del siglo XVII fueron el período de mayor dominio español en Italia. El predecesor del III Duque de Osuna en Nápoles, el VII Conde de Lemos, virrey de 1610 a 1616, gozaba de una protección segura en Madrid: era hijo de la hermana de Lerma y se había casado con la hija del favorito. Se reforzó entonces el eje entre Lerma, el Reino de Nápoles, Sicilia y el Milanesado: Francisco Ruiz de Castro y Andrade, cadete del VI conde, gobernó Nápoles tras la muerte de su padre y fue destinado a Sicilia cuando Osuna dejó aquel gobierno por el de Nápoles; el conde de Fuentes, gobernador de Milán, pertenecía a la facción del confesor del rey; Pedro Ruiz de Castro, VII conde de Lemos, fue virrey de Nápoles.

Con los dos virreyes que precedieron a Osuna (el VIII conde-duque de Benavente y el VII conde de Lemos) se consolidó la tradición política del gobierno español en el *Mezzogiorno*. Sus núcleos esenciales fueron: el fortalecimiento del aparato en un espíritu de lealtad hacia la dinastía hispana, a la vez que la atracción de la nobleza hacia la Corte y la integración dinástica; el corporativismo, la cooptación y la preferencia por la propia familia o las familias más cercanas de las élites; el sometimiento de la aristocracia feudal pero, al mismo tiempo, el apoyo conservador de la Monarquía a las clases privilegiadas; la oscilación instrumental, en el gobierno de la capital, entre el «pueblo» y la nobleza; el pleno apoyo a la Iglesia y al clero; la construcción y desarrollo de una relación privilegiada entre virreyes y comerciantes-emprendedores extranjeros. Un corolario de esta tradición política, que se consolidó durante los años del gobierno del VII Conde de Lemos, fue la estructuración en torno al virrey de grupos de poder y presión que tenían sus raíces más en el sistema local que en el «juego cortesano»: la vinculación con exponentes de la clase togada y administrativa, con algunos grupos de la aristocracia y el apoyo de empresarios genoveses y portugueses, como los Vaaz.

Las diferencias con el III duque de Osuna, virrey de Nápoles de 1616 a 1620, radicaban en el método y el contenido de la ideología y práctica del poder virreinal. Lemos había impulsado la unión de diferentes fuerzas contra la nobleza de plaza de la capital: parte del aparato administrativo y de la clase de los togados, sectores de la baronía, la especulación

financiera y de los comerciantes tradicionales. Osuna intentó alterar el equilibrio de poder existente: lograr, a través de la acción anti-veneciana, una visión absolutista del fundamentalismo autoritario, un proyecto de poder personal, que siempre estuvo plenamente integrado en la ideología imperial española, como también sugiere Luis Linde. Se ha escrito que Osuna siguió una línea de tacticismo exacerbado con el fin de apoyar en Nápoles a Giulio Genoino y a los «populares» para llevar a cabo su propio proyecto de hegemonía, pero el libro de Rosario Villari *Un sogno di libertà* (Milán, Mondadori, 2012) ha aclarado la dimensión política del apoyo de don Pedro Téllez Girón a Genoino.

Linde dedica páginas esclarecedoras al virreinato napolitano de Osuna, a su política reformista, al bloque de oposición aristocrática al que tuvo que enfrentarse, a la cuestión veneciana. Respecto a esto último, su tesis ha sido confirmada por la historiografía más reciente. La estrategia anti-veneciana de Osuna, compartida con Quevedo, tenía como objetivo el control militar y económico del Adriático. El virrey no estuvo directamente involucrado en la llamada conspiración de Bedmar, su hostilidad hacia Venecia nunca resultó en un verdadero ataque directo.

Lemos y Osuna perfeccionaron el modelo del ‘virrey barroco’ en Nápoles, cuya fisonomía se identifica claramente a través de cinco factores. El primero es la aceleración del ritmo en el acceso a los cargos más representativos de la Corona. Así lo confirman las trayectorias vitales, casi paralelas, de Lemos y Osuna. El primero, Don Pedro Fernández de Castro, es nombrado muy joven presidente del Consejo de Indias, cargo que deja cuando ocupa el de virrey de Nápoles, que desempeña durante seis años, cayendo en desgracia a su vuelta a Madrid. Don Pedro Téllez Girón tiene una extraordinaria proyección internacional entre Flandes, Sicilia y el Reino de Nápoles, y debe afrontar después la hostilidad de Olivares y el encarcelamiento final.

Otro factor que caracteriza a estos gobiernos virreinales es la estrecha e intensa relación entre la política madrileña, la génesis y el epílogo de los mismos. Lemos y Osuna eran funcionales al sistema del *valimiento*, a su red de alianzas y a su dialéctica de facciones. Tercer factor: en la comparación entre Milán, Nápoles y Sicilia, la Corte virreinal barroca muestra un alto nivel de desarrollo como aparato y como espacio de poder material y simbólico. Pero el modelo del *virrey barroco* introduce algunas variables importantes, tanto en la práctica como en la ideología y representación del poder virreinal. Quiero aludir —y este es el cuarto factor en el modelo del *virrey barroco*— a la contribución de los virreyes a la codificación de las formas de la política barroca. Sus módulos tienen

que ver con la conexión, tan estrecha, entre la familia y la carrera, con el peso de las recomendaciones, los favores y las gracias, con las formas de lucha política que cada vez más tomaban el cariz de una batalla sin cuartel. Con los virreyes de la primera mitad del siglo XVII se perfeccionó la dinámica de la facción, del partido, del grupo de presión. El quinto factor es la posibilidad, para algunos virreyes, de ejercer un juego de poder personal a la sombra del absolutismo real, aprovechando también la política internacional para aumentar su reputación. Este es también el caso del III duque de Osuna y de su lugar en el subsistema italiano. Como virrey en Sicilia, especialmente entre 1611 y 1613, desarrolló tácticas y estrategias contra los turcos, en las que se entrelazaban motivos de técnica militar y motivos ideológicos, renovación naval en la guerra de corso, política activa en el Oriente mediterráneo, espíritu de cruzada; en Nápoles, intervino decisivamente en la política militar y la acción diplomática de la Corona en Europa, con los medios que su gobierno le proporcionó: todos ellos son aspectos que la obra de Linde reconstruye acertadamente, al igual que capta muy bien el vínculo entre las caídas de Lerma, Osuna y Uceda. Fueron consecuencia de los cambios en el equilibrio político de la Corte de Madrid y de la transición del *valimiento* de Lerma al de Olivares.

La lección de Linde ha servido de base para los estudios más recientes sobre el virrey, como se documenta en el volumen *Cultura della guerra e arti della pace. Il III Duca di Osuna in Sicilia e a Napoli (1611-1620)*, bajo la dirección de Encarnación Sánchez García (Nápoles, Tullio Pironti, 2011), que también incluye una aportación del propio Linde (integrada en parte en esta segunda edición de la biografía). Osuna elige cuidadosamente las herramientas para su promoción y auto-legitimación. Escribe mucho, es un «gran papelista», utiliza la acción pública como representación, como política de visibilidad. El diálogo con la ciudad-capital, Nápoles, es directo, las fiestas y las mascaradas renuevan las formas expresivas de la representación cortesana, al considerar insuficiente la praxis académica de Lemos. Osuna practica con frecuencia la cultura del regalo, el patrocinio y el mecenazgo pasan por sus relaciones personales con autores, artistas, actores, pero también con la plebe de la capital. Conoce las estrategias de la información, las técnicas de campaña de la propaganda moderna, la dimensión promocional del sonido, emblema acústico del poder virreinal. Las imágenes literarias — Espinel, Góngora, Lope, Quevedo — representan a Osuna como lo que Walter Benjamin habría llamado una «personalidad fuera de lo común»: fluctuando constantemente entre la ira, la virtud y la paciencia.

El ciclo barroco del héroe se reproduce en el virrey depuesto, encarcelado y rehabilitado *post mortem*. Para Francisco de Quevedo, el III

duque de Osuna es el caudillo caído en desgracia, un fiel servidor, una víctima sacrificial de la razón de Estado y de la envidia. En continuidad con el libro de Linde, *Cultura della guerra e arti della pace* representa el resultado más reciente de la investigación producida por la historiografía ítalo-ibérica sobre el hombre Osuna y su familia, sobre las actividades y la política cultural del duque en Sicilia y Nápoles, sobre la literatura y el mito relacionados con un *Grande* de España audaz y brillante, destinado a ser arrastrado por las circunstancias de la caída del sistema de gobierno de Felipe III.

El paso del tiempo no ha disminuido el valor del libro de Luis Linde: el retrato de Osuna que ofrece al lector sigue siendo convincente y es fácilmente accesible al gran público por su estilo preciso y claro. Caracterizado como inteligente, provocador, inconformista, con una tormentosa actividad sentimental y amorosa, Osuna fue, ante todo, un militar admirado por su valor, un súbdito leal de Su Majestad Católica, preocupado tanto por las jerarquías y el orden político como por el mantenimiento de la hegemonía española en Europa.

Aurelio Musi

Universidad de Salerno

Correspondiente de la Real Academia de la Historia

## PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 2005

Aquellos que están interesados en la historia de la España moderna sin duda estarán de acuerdo con la afirmación de que pocos períodos fueron más dramáticos, más intensos, más trascendentales que las primeras décadas del siglo XVII. Fue éste un período marcado por ascensos y caídas de personajes de gran renombre, asesinatos, conspiraciones, paces y guerras, famosos matrimonios; la publicación de esa obra ahora universal, *Don Quijote*; la cristalización como grandes autores de Lope de Vega, Quevedo y muchos otros; la dramática decisión de expulsar a los moriscos españoles, una «empresa» ejecutada entre 1609 y 1614; unas décadas durante las cuales el gran historiador Mariana publicó varios de sus más impresionantes tratados. Momento de continuidades, pero también de novedades, cuando muchos españoles comenzaron a debatir si la monarquía hispana estaba en crisis, cuáles eran los motivos o causas de esa crisis, y si existían, o no, posibilidades para reconducir la situación y retornar a esa «edad de oro» a la que tan elocuentemente se refería *Don Quijote*.

Todos aquellos que conocen un poco el reinado de Felipe III (1598-1621), en efecto, saben que éste fue un período complejo, un período en el que la monarquía hispana se encontró en una suerte de encrucijada, producto, sin duda, de las circunstancias (el rápido crecimiento del poder hispano), pero también de las decisiones y acciones de Felipe II, el llamado rey prudente. Más importante es, sin embargo, entender que en el reinado de Felipe III cristalizaron procesos, movimientos, discursos políticos que se venían desarrollando con anterioridad, y que muchos de estos procesos, ideas y respuestas se convirtieron en elementos centrales de la política española por muchas décadas. Pero lo que hace todavía más apasionante este período es, precisamente, el modo en el que sus

protagonistas, todos, retaron y, a veces, fueron capaces de transformar componentes esenciales de la forma de ver el mundo, dominantes hasta esos momentos entre sus contemporáneos.

Lo que es enormemente paradójico, y muy difícil de explicar, es que, a pesar de estas complejidades, de lo dramático de las situaciones y las decisiones, el reinado de Felipe III es una de las épocas peor estudiadas de la historia de España. La atención de historiadores y aficionados se ha dirigido casi exclusivamente hacia otros períodos, el reinado de Felipe II en particular, influidos por la errónea creencia de que a partir de 1598 todo en la historia de España fue decadencia, corrupción, crisis, caos, en definitiva, materiales que, al parecer, no permiten crear buena historia. Es verdad que esta situación ha comenzado a cambiar en los últimos años. El período ha comenzado a recibir una mayor atención, tanto los procesos políticos, como los económicos; los culturales e ideológicos, pero también los artísticos y religiosos. Las obras de estudiosos, por mencionar sólo a unos cuantos, como Bernardo García y García, Magdalena Sánchez, Pablo Jauralde, Juan E. Gelabert, I. A. A Thompson, Mercedes García-Arenal, Rafael Sánchez Blanco, o los míos propios sobre el gobierno de la monarquía, han comenzado a aportar nueva luz a muchos de los aspectos mal entendidos del período: desde la política exterior de la monarquía, hasta las finanzas, el gobierno, la cuestión de los favoritos, la expulsión de los moriscos y sus consecuencias, o los contextos que explican la rica producción literaria durante estas dos o tres primeras décadas del seiscientos.

Pero, como decíamos, no sólo los procesos políticos, ideológicos y sociales hacen tan interesante este período, sino, también, los individuos que los protagonizaron. Felipe III, Margarita de Austria, el duque de Lerma, don Rodrigo Calderón, Pedro Franqueza, el conde de Miranda y decenas más de personajes que, por razones unas positivas, otras negativas, dieron enorme colorido e intensidad a estos años. Uno de ellos, Pedro Téllez-Girón, mejor conocido por su título, duque de Osuna, atrajo una enorme atención durante el reinado de Felipe III y todavía más después de su muerte, en 1624. Aunque nacido en 1574, Osuna fue sin embargo un hombre cuya carrera y destino estuvieron marcados por los acontecimientos y procesos del reinado de Felipe III, en el que fue principal protagonista. Osuna sirvió en los Países Bajos, para luego ocupar los virreinos de Sicilia, primero, y Nápoles después, durante unas décadas esenciales para el poder español no solo en la península italiana, sino en toda Europa.

Lo mismo que sucede en relación con el reinado de Felipe III en general, ocurre en cuanto a nuestros conocimientos sobre los actores

principales del período, incluido el duque de Osuna. Durante su vida, y después de muerto, la biografía de Pedro Téllez-Girón fue en muchos casos tergiversada. Criticado ferozmente por sus enemigos en vida, después de su muerte la vida de Osuna fue favorablemente «inventada» —para utilizar las palabras de Luis M. Linde— por Gregorio Leti (el primer biógrafo de Osuna) y muchos de los que le siguieron. La vida de Osuna fue así poblándose de leyendas, de mentiras, pero al mismo tiempo, y quizás por ello, también, de serias lagunas y vacíos sobre el personaje y su tiempo. En muchos sentidos, la carencia hasta ahora de un estudio serio de la vida y las acciones de Osuna y otros protagonistas del período es una indicación más de que, a pesar de los grandes avances que hemos experimentado en el estudio de la historia de España, el reinado de Felipe III sigue siendo marginado por los historiadores profesionales.

Esta es una de las razones por las que la biografía de Osuna que nos presenta Luis M. Linde se nos hace tan importante. A diferencia de los que le precedieron, y siguiendo el espíritu de aquellos que han comenzado a renovar el estudio de la España de Felipe III, Luis M. Linde se enfrenta al personaje Osuna desde, precisamente, su entendimiento de la complejidad del hombre y su tiempo. Así, después de hacer un comentario crítico sobre las biografías previas de Osuna, especialmente la de Leti, Luis M. Linde se adentra en la mucha documentación existente —en algunos casos nunca consultada con anterioridad— para recomponer la vida y acciones de un personaje complejo, ciertamente dramático e influyente, que vivió con intensidad su vida personal y política, cometiendo errores, ciertamente, pero con unos claros y profundos principios sobre qué era para él España y cómo defenderla de lo que él creía eran sus enemigos internos y externos. La imagen que resulta de este excelente estudio no es la del «heroico salvador de patrias» que se nos ha venido presentando hasta hace poco, aunque tampoco el crápula total que sus enemigos dibujaron con intensos trazos. El Osuna de Luis M. Linde es un hombre complejo, interesante, que no dudó en comprar a ministros reales para hacer progresar su fortuna y carrera, que ideó grandes planes para el futuro del poder de España en Italia, que estimó o desestimó las posibilidades de reformas monetarias y financieras en los virreinos donde sirvió. No queremos dar a la luz todas las novedades que aporta el estudio de Luis Linde, los nuevos documentos descubiertos, las nuevas averiguaciones que confirman o niegan muchas de las leyendas e invenciones sobre Osuna. Sólo queremos dejar constancia, de nuevo, de la importancia de este trabajo, de su valía, de su inteligente estudio del hombre y la época. Existen muchas llaves que habrán de permitirnos conocer



mejor los procesos, ideas y personajes que afectaron a la historia de tan importante período. El Osuna de Luis M. Linde es una de esas llaves, lúcida y atrayente, clara y precisa.

Antonio Feros  
Universidad de Pennsylvania

## INTRODUCCIÓN

# EL GRANDE OSUNA, QUEVEDO Y SUS LEYENDAS

Entre los papeles de Quevedo se encontró el siguiente famoso fragmento, pensado, puede suponerse, para encabezar el libro de recuerdos sobre D. Pedro Téllez-Girón, el III duque de Osuna, que le incautaron cuando su prisión, en 1639, que no recuperó cuando fue puesto en libertad en 1643, y que sigue, hoy, perdido<sup>1</sup>:

*«Vida del Sumo Capitán, triunfante General, siempre glorioso y admirado virrey, D. Pedro Girón, duque de Osuna.*

*Miedo del mundo, aclamación de las naciones, gloria de España, blasón de Flandes, freno de Italia, desengaño de Venecia, recuerdo de Roma, amenaza de Francia, castigo de Saboya, ruina de los turcos, hoy cadáver de la venganza y de la envidia, que aún en cenizas le temen y en el sepulcro le tiemblan.*

*El más valiente soldado, el más leal vasallo, el más acertado Gobernador, humano, generoso, valiente y pío».*

Quevedo escribió los *Dichos y Hechos del duque de Osuna*, en 1631, cuando el duque ya había muerto y la Casa de Osuna había desaparecido de la Corte, consecuencia del ascenso al poder de Olivares. Por consiguiente, no podía esperar recompensa alguna — más bien, lo contrario — por su encendida parcialidad. Pero, no sólo los *Dichos y Hechos* y su encomiástico encabezamiento. En fechas difíciles de precisar pero, probablemente, anteriores a 1631, más cercanas a la muerte del duque, ocurrida en 1624, Quevedo escribió cinco composiciones poéticas en honor y recuerdo de Osuna: la más famosa de todas, el soneto titulado *Memoria Inmortal de Don Pedro Girón, duque de Osuna, muerto en prisión*, una de las piezas más famosas de la poesía española; y, también, un soneto celebrando un retrato de Osuna pintado, supuestamente, por Guido Reni. Además, en sus obras de crónica política o histórica: *Grandes Anales de*

Según el juicio histórico tradicional, Felipe III fue una persona indolente que, durante su reinado (1598-1621), entregó todo el poder a un valido corrupto, el duque de Lerma, con el que se inicia una larga decadencia. Felipe III ha sido juzgado mucho más severamente que su hijo, Felipe IV, y el valido de éste, Olivares, más favorablemente que Lerma, algo que resulta sorprendente si se comparan los resultados de sus respectivos gobiernos.

Sin embargo, la interpretación tradicional está siendo revisada y conocemos cada vez mejor la historia de la monarquía hispánica en los primeros dos decenios del siglo XVII, que fueron, seguramente, el cénit de su poder. Este libro simpatiza con esa corriente «revisionista», centrándose en la extraordinaria figura de Pedro Téllez-Girón, III duque de Osuna, héroe de la guerra de Flandes, virrey de Sicilia y de Nápoles, inspirador, real o supuesto, de un episodio nunca completamente aclarado, la «conjura de los españoles contra Venecia» de 1618, y armador de la mayor flota corsaria que existió en su época en el Mediterráneo. El «Grande Osuna», como le llamó, en un famoso soneto, su amigo y agente, Francisco de Quevedo, fue un personaje legendario aún en vida y, con el tiempo, pasó a ser uno de los más destacados «réprobos» de la Leyenda Negra. Su biografía, sin las fantasías y caricaturas que la han venido ocultando, ayuda a entender mejor los sucesos del reinado de Felipe III, el gobierno de Lerma y el papel de la monarquía española en Europa a comienzos del XVII.

# DON PEDRO GIRÓN, DUQUÉ DE OSUNA

Depósito Legal: M-16212-2024



ISBN: 978-84-1339-201-1



9 788413 392011